

# Omisión, el pecado del Vaticano

por ARTHUR HERTZBERG, 14 de mayo de 2005

La semana pasada, el Papa Benedicto XVI le prometió al rabino principal anterior de Roma que él renovarían el compromiso del Vaticano sobre el diálogo católico-judío. La declaración, que vino al mismo tiempo que Alemania inaugurara su nuevo monumento al Holocausto en Berlín central, era uno de los varios gestos que el nuevo Papa ha extendido hacia una comunidad judía receptiva. El gobierno israelí, la Liga Anti-Difamación y el Congreso judío europeo han dado la bienvenida a estas propuestas y han instado a Benedicto a continuar el trabajo de su antecesor.

Pero de mi propia experiencia como el presidente, desde hace más de 30 años, de la primera delegación judía internacional para encontrarme formalmente con una delegación comparable del Vaticano, yo estoy lejos de creer que sea cierto que una nueva era en la relación judía-católica haya amanecido. En el encuentro en París en 1971, pedimos que el Vaticano reconociera que se había quedado en silencio mientras los judíos fueron asesinados en Europa. La delegación católica respondió que no estaba autorizada para actuar.

Los delegados seguían las instrucciones de la comisión del Vaticano en teología, que mantenían que no se podrían hacer preguntas sobre las políticas del Papa Pío XII y la iglesia bajo la era de los nazis, porque la iglesia y su líder están, como el Primer Concilio del Vaticano declaró en 1870, libres de error en temas de doctrina y moral. Cuando el Cardinal Ratzinger llegó a ser la cabeza de esa comisión del Vaticano, anunció el mismo mensaje que el Papa Juan Pablo II, quien había dicho que el asesinato de seis millones de judíos en manos de los nazis fue un crimen sin nombre, pero un crimen cometido por algunos católicos, no por la iglesia.

Esta posición oscurece el hecho de que durante 1930 y 1940 en Europa, la Iglesia Católica romana era la única institución que tenía la estatura y la fuerza morales necesarias para denunciar y prohibir el asesinato de los judíos. No lo hizo así. Y en todos los años desde ese entonces, más que reconocer este fracaso para proporcionar el liderazgo moral en horas críticas, el Vaticano ha reclamado repetidas veces que mientras algunos católicos en forma individual se comportaron en forma pecaminosa o entendieron mal lo que la iglesia les enseñó, cometen el pecado de permitir que el Holocausto hubiera sucedido sin necesidad de que el umbral de la iglesia se obsesionara como institución.

Este punto de vista del Vaticano permaneció a través de los 90, aunque tanto en las conferencias nacionales de obispos franceses y alemanas hubieran llamados a confesar los pecados en tiempos de guerra. En 1995 los obispos alemanes indicaron que "la comunidad de la iglesia "había visto también, seriamente la amenaza a sus propias instituciones" y "se quedó en silencio frente a los crímenes cometidos contra los judíos y contra el judaísmo."

Los obispos franceses, por su parte, concluyeron su declaración de septiembre de 1997 con las palabras siguientes: "ante tan inmensa y completa tragedia, demasiados pastores de la iglesia cometieron una ofensa, por su silencio, contra la iglesia misma y contra su misión," y agregaron: "Este fallo de la iglesia de Francia y de su responsabilidad hacia las personas judías forman parte de nuestra historia. Confesamos este pecado. Mendigamos el perdón de Dios, y nosotros llamaremos a los judíos para oír nuestras palabras de arrepentimiento."

No sólo el Vaticano fracasó en adoptar una actitud similar de arrepentimiento, sino que el Papa Juan Pablo II y el Cardenal Edward Cassidy, que estaba entonces a cargo de las relaciones judío-católicas, desvalorizó las declaraciones de los obispos Alemanes y Franceses.

Cuándo fue elegido, Benedicto XVI supo que había dudas acerca de su persona dentro de la comunidad judía, y él trató de aliviarlas. Sus partidarios podrían señalar algunos logros significativos de su cuarto de siglo como guardián de la ortodoxia católica. Bajo el papado de Juan Paul II, el Vaticano prohibió la enseñanza del antisemitismo, por ejemplo, y el Cardenal Ratzinger autorizó la publicación de un informe del 2002 expresando pena sobre ciertos pasajes del Nuevo testamento que condenan a individuos judíos cuyo comportamiento había sido utilizado para justificar el antisemitismo. El agregó, "no se puede negar de una cierta e insuficiente resistencia por los Cristianos frente a dicha atrocidad, pero está explicada por el antijudaísmo presente en el alma de más de un cristiano."

Lo que el Cardenal Ratzinger no hizo, sin embargo, fue cuestionar la posición católica ortodoxa de los que, aunque fueran personajes católicos que en forma individual puedan haber cometido errores morales, la iglesia y el Papa no los pueden cometer. Hasta que el Vaticano vuelva a reconsiderar ese aspecto, una de las heridas más grandes del Holocausto continuará abierta - a saber, que la mayor institución europea apartó su mirada del aspecto moral que significó el genocidio. Ningún acercamiento personal hacia los judíos y el judaísmo del nuevo Papa hará a los judíos olvidar que la institución de la que él ahora es el monarca, no se haya puesto de acuerdo con esa historia.

Arthur Hertzberg, avisting professor of the humanities at New York University, is the author of "The Fate of Zionism."